

NEUROCUENTOS  
INFANTILES



# Arturo y la espada de Excálibur

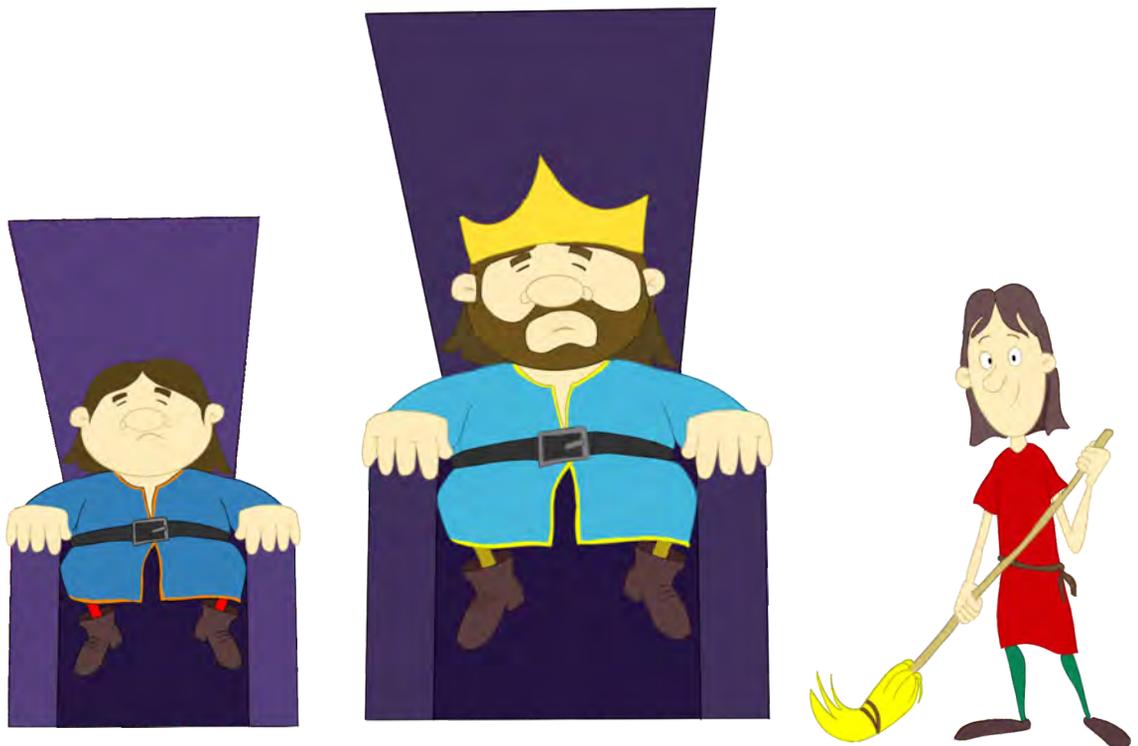


**E**n un lugar muy lejano existía un rey llamado Grouchy, dueño de innumerables tierras, que vivía con su perezoso hijo Kay en un enorme castillo.

Junto a ellos, como fiel servidor, estaba Arturo, un joven delgado siempre atento a las necesidades del rey y de su hijo. Cuando ellos no lo necesitaban, él debía ocuparse de hacer diversos quehaceres: cortaba leña para que nunca faltara calor en el castillo, ayudaba en la cocina y también en la limpieza.

Aunque sus labores eran arduas, siempre imaginaba un futuro mejor para él y soñaba que su esfuerzo daría sus frutos y en algún momento sería nombrado caballero.

Creando que este anhelo se haría realidad, su cerebro le proporcionaba unas moléculas –llamadas neurotransmisores– que producían la motivación necesaria para trabajar con entusiasmo y buena voluntad.





Un día mientras Arturo les servía la comida al rey y a su hijo, apareció una nube de humo y de ella surgió un anciano esbozando una gran sonrisa. El hombre se presentó:

– Soy el mago Merlín y me han encomendado educar al joven más predispuesto a aprender del palacio.

Él podrá reemplazarte cuando ya no estés y transformar este reino en uno en donde todas las personas sean cuidadas y respetadas.

El rey, complacido, le agradeció su presencia y rápidamente le presentó a su hijo. Sin embargo, Kay lo miró con sorna, mostrándole que no tenía intenciones de aprender nada.

El hechicero posó sus ojos sobre Grouchy y le comentó ácidamente:

– Me parece que tu hijo no es a quien debo educar, sino que Arturo es el joven indicado.

El hombre, enojado, le replicó que ese lugar solamente podía estar destinado a Kay, aunque permitiría que Arturo lo acompañara.

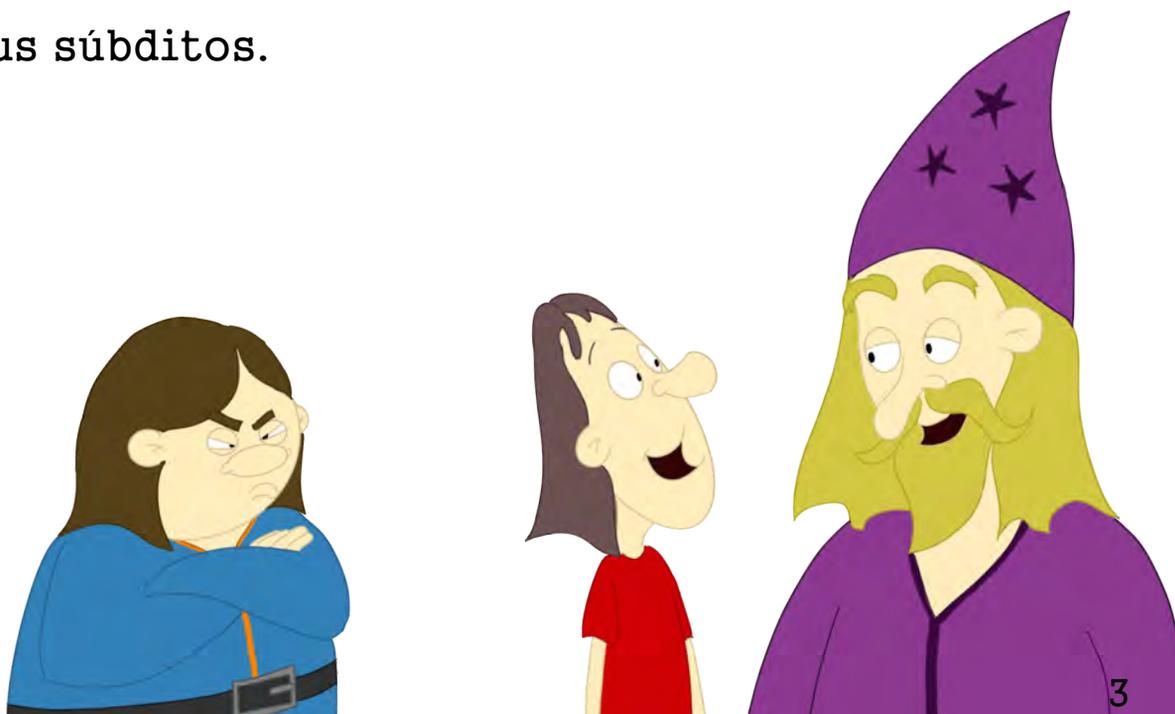


Merlín asintió con la cabeza, permitió la concesión y les solicitó a los dos chicos que se fueran a dormir temprano porque al día siguiente comenzarían con su formación.

Cuando llegó el alba, los aspirantes fueron a visitar al carpintero para aprender su oficio; luego fue el turno del herrero y así sucesivamente vieron a otras personas del reino.

Arturo estaba feliz mientras aprendía de cada uno no sólo su trabajo, sino las cosas que le contaban o cómo trataban a su familia. De esta manera, día a día se enriquecía al poder conocer a tanta gente. De hecho, hoy los científicos dirían que su cerebro, al igual que el de todos los individuos, es muy social y se desarrollaba al compartir tiempo con otros.

Por el contrario, Kay, quien siempre había sido una persona orgullosa y con la creencia de que no necesitaría de nadie, vivía la situación malhumorado por no hacer tareas de futuro rey y por tener que estar con Merlín y Arturo, a quienes consideraba sus súbditos.



Al observar las diferencias entre ambos, Merlín planteó un día de descanso para los jóvenes. Sin embargo, su propósito encubría la necesidad de pasar tiempo a solas con Arturo para preguntarle cómo se sentía. El joven le contó con felicidad que no podía creer lo maravilloso que era conocer tantas historias y lo feliz que lo hacía ayudar a otros.



Entonces, el mago decidió premiarlo: le dio la posibilidad de que fuera un pájaro durante unas horas para que pudiera visitar el pueblo, observar a la gente y evaluar cuáles eran sus necesidades. Luego de esto debería regresar y ambos hablarían.

Con un mero movimiento de manos Arturo fue un pájaro que voló y voló y al atardecer volvió con Merlín para contarle todo lo que había apreciado.

Pasó un año y en el reino se organizó el torneo de aspirantes a reyes. En este evento los jóvenes de los pueblos cercanos debían demostrar quiénes serían los nuevos monarcas.



Kay, por supuesto, debía presentarse y Arturo era su escudero, es decir quien se ocuparía de llevar su armadura y espada.

Arturo sin perder el sueño de convertirse algún día en caballero y sintiéndose (gracias a la ayuda de Merlín) cada día más preparado, se puso feliz a organizar todo lo que Kay necesitaría.

Cuando se anunció la primera competencia, el hijo del monarca le ordenó a su acompañante:

– Ve a buscar mi espada.

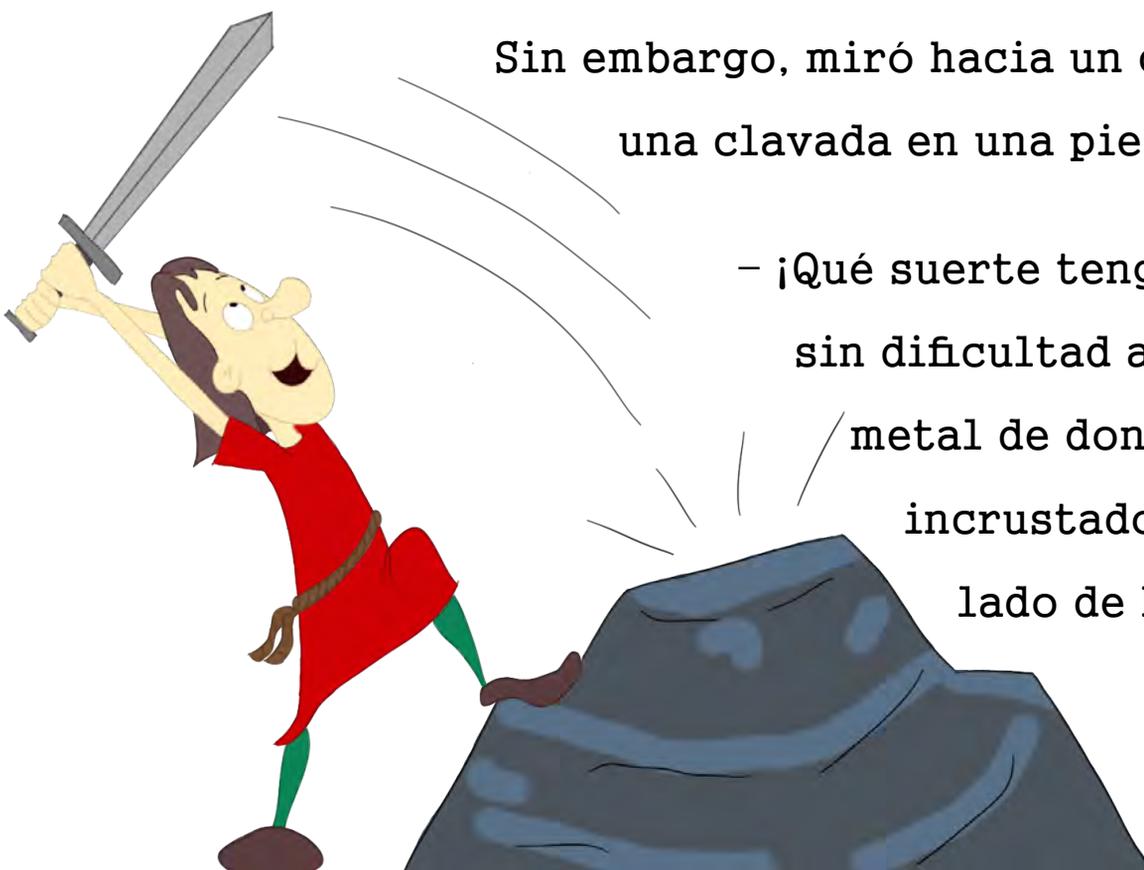
– Ya voy –respondió solícito Arturo y salió corriendo.

Cuando fue a buscarla, se dio cuenta de que se la había olvidado. Preocupado, se dijo:

– ¿Y ahora qué hago? ¡Estoy perdido! ¿Dónde conseguiré una espada para Kay?

Sin embargo, miró hacia un costado y vio una clavada en una piedra.

– ¡Qué suerte tengo! –pensó y sin dificultad alguna sacó el metal de donde estaba incrustado y corrió al lado de Kay.



Ubicado cerca de su hijo, el rey vio la escena y reprendió a Arturo:

– Eso no es de Kay. ¿En dónde están sus cosas? –vociferó. El joven pidió disculpas y le explicó al supremo que era tanta su ilusión de ser caballero que había olvidado guardarlas y por eso no tuvo más remedio que buscar una alternativa.

En ese momento, Grouchy lo miró emocionado por haber sido tan sincero.

Para reconocer el esfuerzo que cada día hacía, lo abrazó frente a todos. Cuando soltó al joven, miró hacia el piso y vio que la espada tenía una leyenda grabada: “Quien consiga arrancar esta espada de la piedra, será rey de esta comarca por esfuerzo y derecho”.

Todos los reyes y caballeros reunidos conocían la inscripción y decidieron clavarla de nuevo en la piedra para que los jóvenes participantes del torneo intentaran sacarla. Uno tras otro desfilaron, pero nadie pudo hacerlo. Finalmente, llamaron a Arturo y le dieron su oportunidad. El muchacho se acercó nuevamente hacia la roca... ¡Y sin fatigarse la sacó!



Desde lejos Merlin sonreía satisfecho. Sabía que el esfuerzo, la perseverancia, el respeto, el interés y el deseo de ayudar a los otros siempre son premiados por el cerebro con neurotransmisores que nos hacen los reyes de nuestra vida. Afortunadamente, como descubrieron muchos científicos, los seres humanos nos contagiamos emociones y acciones unos a otros y Kay, al ver lo que sucedió con Arturo, miró a Merlin y guiñándole un ojo afirmó:

– Hoy aprendí una gran lección. Creo que es momento de empezar a cambiar.

Y no sólo él cambió. Todos en el reino comenzaron a darse cuenta de lo importante que son los valores, el respeto y las ganas de cuidar y ayudar a los demás.

